

Juan José Millás

# Papel mojado



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 2000  
Segunda edición: 2016  
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan José Millás, 1983  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-345-4  
Depósito legal: M. 3.025-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Capítulo 1
19	Capítulo 2
29	Capítulo 3
37	Capítulo 4
47	Capítulo 5
59	Capítulo 6
69	Capítulo 7
79	Capítulo 8
90	Capítulo 9
100	Capítulo 10
110	Capítulo 11
117	Capítulo 12
125	Capítulo 13
133	Capítulo 14
141	Capítulo 15
146	Capítulo 16



# Capítulo 1

Recuerdo una frase leída en algún sitio y repetida luego hasta la saciedad: «Lleva cuidado con lo que deseas en la juventud, porque lo tendrás en la edad madura». Junto a ella aparece otra de semejante calibre que la complementa y que fue para los de mi generación tan importante como la primera: «A partir de cierta edad cada hombre es responsable de su rostro».

He querido citarlas a propósito de mi amigo Luis Mary, que se las aprendió a una edad terrible, situada entre el final de la adolescencia y el principio de lo que luego resultó ser la juventud, y que se las creyó hasta el punto de convertirlas en un programa de vida. Si deseó lo correcto, el diablo y él lo sabrán; lo cierto es que a los treinta y cinco tenía el rostro que caracteriza a los habitantes de las tinieblas. Y no sólo el rostro, sino que su cuerpo había adquirido también cierto perfume entre descompuesto y agrio, que llevaba consigo a todas partes

como ejemplo vivo de lo que puede ser una madurez precedida de un pasado turbulento y rico en toda clase de experiencias extrañas, prohibidas o no.

Ahora ya no va a ningún sitio ni molesta a nadie con sus amargas quejas acerca de la vida o con sus crueles ironías sobre quienes formamos parte de ella. Está muerto. La semana pasada le dimos tierra en el cementerio civil con gran disgusto de sus ancianos padres. Han situado su cadáver a metro y medio de la superficie y tiene como vecinos a un par de suicidas, que con un tiro en la boca o una corbata mortífera alrededor del cuello pasaron a una suerte de existencia donde el deseo y las corrientes eléctricas que éste produce han desaparecido para siempre.

Mi amigo Luis Mary, como puede advertirse por las líneas anteriores, era un personaje de novela. Había leído demasiadas historias que le hicieron perder el sentido de la realidad; de la otra realidad, mejor dicho, donde discurre la vida cotidiana y uno acaba una carrera, encuentra trabajo, crea un hogar, prospera, tiene hijos, etc. Recuerdo una de nuestras discusiones favoritas en los tiempos de facultad:

–Necesito vivir –así decía él– para acumular experiencias. Quiero ser escritor y los escritores no pueden ser vulgares.

–Tú no quieres ser escritor –le respondía yo desde una posición vital que a él le parecía mezquina y ruin–. El que quiere ser escritor soy yo. A ti lo que te gusta es ser un personaje de novela, y hay que elegir entre una cosa y otra, porque no se pueden ejercer las dos al mismo tiempo.

—No, no. Tú eres un tipo muy normal: tu traje, tu corbata, tu novia... Acabarás haciendo oposiciones y serás un buen funcionario. Pero escritor, no; no das el tipo. Además, te llamas García de apellido.

—Ya veremos, Luis Mary. De todos modos, estoy dispuesto a hacerte un favor: si perfeccionas tus modales como personaje de novela, tal vez te incluya en una de las mías cuando sea famoso. Pero has de procurar trabajar más tu aspecto; no disfrazarte con esos jerséis y esos zapatos que Dios sabe de dónde sacas. Además, tienes cierta tendencia a sobreactuar tus papeles.

En fin, en discusiones así gastábamos nuestro tiempo libre de estudiantes. En honor a la verdad, he de decir que su fracaso fue menor que el mío. No consiguió ser novelista, pero sí llegó a ser un buen personaje de novela. Yo, en cambio, además de no haber logrado nunca escribir más de treinta folios seguidos, tampoco conseguí retener junto a mí a la única mujer que he querido, ni encontré un trabajo digno de mis ambiciones adolescentes; no tengo, en fin, muchas posibilidades de progresar en la vida. Un desastre. Eso sí, vivo de la pluma. Soy gacetillero en una de esas revistas que hay en las mesas de todas las peluquerías. Trabajo seis horas diarias (los días de cierre un poco más) y mi trabajo consiste en escribir inmundos comentarios a las fotos inmundas que me pasa el redactor jefe. Me llamo Manolo G. Urbina (lo digo completo por si alguien lo reconoce, pues a veces también firmo inmundos artículos sobre estrellas de cine y televisión).

Por eso he decidido desquitarme de tanta vida inútil y cumplir, de paso, la promesa que un día le hiciera a mi

amigo Luis Mary: lo voy a meter en una novela; en ésta que ahora mismo, esta tarde de otoño, comienzo con un ritmo febril para que mis vecinos escuchen el teclear de la máquina y se enteren por fin de que en el apartamento número siete del tercer piso vive un escritor.

Y la voy a escribir por dos razones.

Primera: porque sospecho que mi amigo Luis Mary no se suicidó, sino que fue asesinado por alguna razón que me propongo descubrir.

Segunda: porque, si en el curso de esta investigación me llegara a ocurrir algo desagradable, la policía podría encontrar en estos papeles alguna pista de importancia para capturar al doble asesino.

La presunción de que mi amigo Luis Mary ha sido asesinado no se basa únicamente en el hecho de que me apetezca escribir una novela en la que aparezca él como protagonista (en la medida en que un cadáver pueda ser protagonista de algo), sino en algunas conjeturas que hice a raíz de su entierro aprovechando ciertos datos que él mismo me había facilitado en vida.

Efectivamente, hace cosa de mes y medio o dos meses, a finales del verano, me lo encontré sentado en una de esas cafeterías caras que hay en el Paseo de Rosales. Hacía un año o dos que no nos veíamos. Después de acabar nuestros estudios mantuvimos intacta durante algún tiempo nuestra amistad, pero como es frecuente en personalidades tan distintas, que en un momento se unen para complementarse, las circunstancias nos fueron alejando. Yo he sido un hombre de pocos recursos y escasa imaginación y pronto tuve que comenzar a buscarme la vida. Luis Mary, más ingenioso que yo y también más



hábil para la resolución de las cuestiones cotidianas, comenzó entonces, como veremos, a buscarse la muerte. De manera que nada sabía de él, excepto por referencias vagas de amigos comunes que tan pronto decían que se había ido a vivir a Marruecos con una pintora, como que estaba en Barcelona apartado de todo y entregado a la tarea de escribir una obra maestra. Total, que su existencia no dejaba de ser una amenaza para mí, pues de un tipo como él podía esperarse cualquier cosa, incluso que en un momento dado escribiera una buena novela.

Sin embargo, ese día de finales de verano al que me refería, Luis Mary no se encontraba en ningún país exótico, ni en un ático barcelonés, ni siquiera en la redacción de una revista más prestigiosa que la mía. Estaba en Madrid, sentado en una terraza, como digo, apurando un gin-tónico y vigilando el portal de una casa cercana.

Confieso que su aspecto no me gustó nada y que eso me produjo una cierta alegría que me cuidé muy bien de confesarme. A pesar del calor, llevaba unos pantalones de pana descoloridos y una camisa negra, de seda quizá, que le estaba demasiado ajustada para ser suya. El pañuelo rojo con el que contribuía a abrasar su cuello era el remate más infame que se pueda imaginar a la indumentaria descrita, de no ser por los botines que calzaba y que posiblemente habían sido de ante negro en algún tiempo; tenían una botonadura sin forro en el lado exterior y una fina correa a la altura del tobillo. Más tarde advertí que debajo de uno de ellos —el derecho, creo— no había calcetín.

Yo iba con un traje nuevo, estrenado en julio, que había sido un éxito en la redacción de la revista. Era de

color gabardina y tenía un corte perfecto, como de periodista ocupado y triunfante. Reconozco que desde algún punto de vista este traje mío podía resultar vulgar, pero lo importante es que no necesitaba llevar el precio puesto para que los demás (sobre todo el redactor jefe) advirtieran que era muy caro. De manera que me coloqué el nudo de la corbata y me acerqué a la mesa de mi amigo dispuesto a recomendarle un sastre y un buen peluquero.

–Buenas tardes, Luis Mary.

Advertí que se había asustado más de lo debido, pese a que yo intenté sorprenderle. No obstante, reaccionó en seguida.

–Buenas tardes, Manolo Ge Urbina. Siéntate si no estás en trance de escribir el reportaje de tu vida y tomemos una copa.

Que me llamara Manolo Ge Urbina me humilló, pues significaba que leía mis inmundos artículos y que mi modo de firmar le había demostrado algo que sospechaba desde hacía años: que llamándome García (y avergonzándome de ello sobre todo) no podía yo tener ningún futuro brillante. Creo que me puse algo rojo. Luis Mary se rio:

–No te preocupes, hombre; hay apellidos peores para esta profesión tuya. Si te llamaras Campuzano, por ejemplo, a lo más que podrías aspirar sería a dirigir un folleto religioso o comercial escrito al dictado de tus jefes. Además, Campuzano rima con algunas palabras peligrosas y eso te expondría a mil chascarrillos desagradables.

–Pues tú tampoco puedes presumir de apellido –dije tras pedir al camarero un té caliente para quitarme la sed.

—¿Cómo que no, Manolo Ge? Ruiz es un apellido precioso, de gran sonoridad. Además, los que nos llamamos Ruiz tenemos la habilidad innata de encontrar seudónimos alternativos de gran prestigio: Azorín, Picasso, Baroja...

—Baroja no se llamaba Ruiz.

—Me refiero a un amigo mío que hace cine. Ahora escucha: ¿sigues en esa infame revista?

—Sigo en esa infame revista ganando un sueldo infame con el que puedo permitirme el lujo de vestir decentemente, pagarme un apartamento y salir de vacaciones todos los años. Puedo, con ese sueldo infame, pagarte incluso la copa que te bebes.

—Me tendrás que invitar a la siguiente, porque ya está pagada. Pago cuando me sirven por si luego aparece alguno de esos gorriones que tienen dinero para todo, excepto para invitar a los amigos. Por cierto, que voy a darte la oportunidad de tu vida. ¿Qué crees que estoy haciendo aquí?

—De momento, insultarme —respondí.

—Error, eso lo puedo hacer en cualquier sitio. Estoy vigilando a un tipo.

—¿Dónde está?

—No está, pero estará dentro de un rato. Saldrá de ese portal con una cartera negra en la mano y nosotros lo seguiremos allí donde vaya.

—Yo no. Tengo prisa.

—¿Has quedado con Teresa? Me dijo que ya no os veáis.

Luis Mary tenía esa mezquina habilidad, que algunos llaman ingenio, de golpear en las zonas más doloridas de

la personalidad de sus amigos. Teresa había sido el fracaso sentimental de mi vida. Fuimos novios desde los últimos tiempos del bachillerato hasta el final de la carrera. Me dejó, porque, según ella, yo sólo sabía moverme en un plano. Llegó a odiar mi equilibrio, mi manía del orden, mi necesidad de encontrar el método adecuado para el desarrollo de cada actividad. Decía que yo la amaba, pero que la amaba de acuerdo con unas normas preestablecidas; que programaba mi amor del mismo modo que programaba mis estudios: era, en definitiva, un hombre sin sorpresas. Teresa no supo curarme; ignoraba que ese orden externo era el contrapeso necesario al caos interior que aún me habita. Jamás adivinó que cada cosa que colocaba por fuera denunciaba alguna clase de desajuste interno. Yo he tenido que luchar durante toda mi vida contra la locura con la misma fuerza con que un alcohólico rehabilitado ha de enfrentarse a su deseo: sabiendo que bastaría un sorbo del antiguo veneno para deslizarse de nuevo por el tobogán que conduce a ese temblor poblado de monstruosos insectos. Teresa amaba en mí esa zona oscura que nunca he mostrado, pero que una mirada atenta como la de ella era capaz de advertir en el modo de encender un cigarro o de entregarle la propina al acomodador del cine. Me amaba, pues, por lo que yo más odiaba de mí mismo y nuestra ruptura me dejó de recuerdo (aparte de media docena de corbatas y un mechero de oro, que todavía conservo) una de esas heridas sin sutura cuyo olor han detectado todas las mujeres a las que luego he intentado acercarme.

La alusión de Luis Mary fue a dar en esa herida y la violencia con que me golpeó no venía tanto del hecho de

nombrar a Teresa, como de la información lateral que contenía su frase: «Me dijo que ya no os veáis». Ese «me dijo» significaba que él la había visto y dejaba abierta la puerta para que mi fantasía imaginara cualquier cosa acerca de la relación entre ambos. Dije:

—¿Tú no tienes ningún punto vulnerable?

—Sólo uno, Manolo Ge: la muerte. La llevo en la cerviz, como los toros, y es fácil de encontrar. Ahora deja de sufrir un momento, que el tipo de la cartera negra debe de estar al salir. Tranquilízate, no tengo nada que ver con Teresa. La veo de vez en cuando, como antiguos compañeros; eso es todo. Debes saber que soy un hombre casado.

Tuve algunas tentaciones, que reprimí a tiempo, de aventurar la profesión de su mujer. Mi insulto sólo habría servido para poner más a la vista el daño que me había hecho. Nos quedamos silenciosos, con la mirada dirigida al portal. Él a la espera de que le diese la enhorabuena; yo, en la esperanza de que le partiera un rayo. Entre su espera y mi esperanza había una distancia calculable en unidades de odio, que no me fue posible medir, porque en ese momento apareció en el portal una suerte de enano, por otra parte normalmente constituido, que llevaba una cartera negra, excesiva para su tamaño, bajo el brazo derecho. Pareció dudar unos momentos sobre el camino a seguir y, después de una rapidísima mirada sobre quienes permanecíamos en la terraza, dio un giro a la derecha y comenzó a andar dándonos la espalda.

Luis Mary se levantó con una calma contenida, extrajo de uno de sus bolsillos una pelota de billetes de banco y

dejó uno, que habría servido para pagar tres copas más, sobre la mesa. Dijo:

–Vamos.

Y comenzó a andar tras el hombrecillo.

Ignoro qué impulso me obligó a seguirle, aunque no dudo que procedía de la parte más débil y menos equilibrada de mi carácter. También influyó, seguramente, en mi repentina decisión el hecho de que Luis Mary parecía saber cosas acerca de Teresa. Estar junto a él en aquellos momentos era un modo de relacionarme con ella.

## Capítulo 2

El hombrecillo al que seguíamos tenía andares de pájaro. Llevaba una camisa blanca, de manga corta, y pantalones azules de tergal. Nos condujo al Parque del Oeste, lleno a esa hora de parejas y de señoras frenéticamente ocupadas en las labores de ganchillo. Se detenía con frecuencia a contemplar sucesos tan triviales como un niño deslizándose por un tobogán o un perro tratando de alcanzar una pelota. Después daba un saltito de gorrión y cambiaba de rumbo.

–Yo creo que ha notado que le seguimos –dije a Luis Mary.

–No importa –respondió–. Vamos a ponerle un poco nervioso. Entretanto, vete memorizando algunas cosas, aunque no te parezcan de gran utilidad por el momento: el sujeto se llama Campuzano; fue, en tiempos, visitador médico. En la actualidad dirige una revista médica llamada *Hipótesis*, que está financiada por los laboratorios

Basedow, una multinacional con más ramificaciones que mi árbol genealógico.

—¿Por qué le seguimos?

—Nos lo dirá él en su momento.

La inteligencia de Luis Mary tendía a la paradoja con el mismo tipo de inclinación que arrastra a las ratas hacia las alcantarillas.

—No entiendo nada —dije.

—Es lo mismo. No hay ciudadano que bien investigado no merezca diez años de cárcel. Al que tenemos delante se le podrían meter veinte utilizando sólo los documentos que lleva en la cartera.

—Podría haber esperado cualquier cosa de ti, excepto que terminarás de detective privado.

—Si perseguir a un tipo de metro y medio que arrastra una cartera significa para ti ser detective, es que tu imaginación ha adelgazado en los últimos años, Manolo Ge. Estoy a punto de dar un golpe de mucha pasta y he decidido regalarte la exclusiva periodística, que vale unos cientos. De manera que acepta el regalo o vete, pero no me pongas nervioso, porque ese tipo tiene más cerebro que tú y yo juntos.

El tal Campuzano entró en la Rosaleda con la misma falta de determinación con que había recorrido el resto del parque. Entramos tras él guardando una distancia prudente, aunque sin disimular nuestra actitud persecutoria. El sujeto dio un par de vueltas componiendo gestos entre asustados y furtivos, pero había llegado a mecanizarlos de tal modo, que parecían tics nerviosos que no guardaban ninguna relación con nuestra presencia. Finalmente, se sentó en un banco y comenzó a fumar. La



tranquilidad con que encendió el cigarro, y el placer reposado con que se tragó la mezcla de nicotina y alquitranes, contrastaba con la actividad general de su cuerpo. Tenía el pie derecho ligeramente separado del tronco, como dispuesto a levantarse bajo el estímulo de una señal convenida. Los ojos, casi redondos, giraban de un lado a otro en busca de un objetivo inexistente o, en todo caso, muy lejano.

Luis Mary y yo permanecemos observándole detrás de unos rosales. Parecía que no nos podía ver, aunque hubiera sido muy aventurado hacer cualquier consideración acerca de la capacidad visual de aquellos ojos. En un momento determinado, nuestro hombre –de paso hacia otro gesto– miró su reloj de pulsera. Luis Mary dijo:

–Está esperando a alguien. Es posible que no haya advertido nuestra presencia.

–En ese caso –especulé yo– no trataba de despistarnos, sino de hacer tiempo.

–Es posible, pero no me fío nada. Escucha, lo más importante de este asunto es no perder de vista la cartera. Creo que tarde o temprano aparecerá un contacto a quien se la tiene que entregar. Cuando esto suceda, yo me iré detrás del contacto y tú detrás de Campuzano. Si ves que la cosa se pone difícil, no te expongas a nada; te largas y en paz. Ya hablaré yo contigo mañana o pasado, ¿vale?

–Vale.

La idea de escaparme del asunto de manera tan sencilla me tranquilizó y adopté una postura de reposo. Si el contacto aparecía, yo pensaba largarme se pusiera o no difícil la cosa. Luis Mary, sin embargo, estaba cada vez más

nervioso y esto era para mí una novedad que daba cuenta de la magnitud del asunto que se traía entre manos.

En esto, el hombrecillo se levantó, tiró el cigarro y aprovechó el gesto para lanzar otra mirada a su reloj. Después comenzó a andar pausadamente en dirección a la salida. Nos condujo al teleférico y, según subíamos las escaleras, Luis Mary –algo descontrolado ya– me dijo:

–Vamos a pegarnos a él como si fuéramos juntos. Si coge una cabina, nos metemos los tres en la misma.

–¿No sería más prudente seguirle en la de atrás?

–Haz lo que te digo.

–De acuerdo –contesté resignado.

El llamado Campuzano sacó un billete de ida y vuelta. Luis Mary, detrás de él, sacó dos para el mismo trayecto. La empleada miró el reloj y dijo:

–Tienen que volver antes de una hora; el teleférico deja de funcionar cuando anochece.

En la terminal tuvimos que esperar unos segundos. A esa hora ya no subía nadie. El empleado nos miró a los tres. Estábamos mudos como estatuas y tensos como un arco a punto de estallar. Dijo:

–¿Les importaría ir en la misma cabina?

–No –se apresuró a contestar Luis Mary.

Yo no dije nada. El hombrecillo, tampoco, pero siguió lanzando las mismas ráfagas visuales por encima de sus hombros. Me llegaba por debajo de la barbilla, aunque advertí que tenía los músculos de un picapedrero.

Se sentó en un banco ocupando el centro. Luis Mary y yo nos colocamos frente a él, tocándonos ligeramente por la zona de los muslos. Miré hacia abajo y comencé a sentir vértigo. Intenté mirar a Campuzano, pero eso me

producía desazón. Tenía los ojos de una paloma y parecía tan asustado como un animal de esa especie. Intenté sonreír y fracasé.

—Me están dando ganas de devolver —conseguí articular finalmente.

No oí que nadie me respondiera. Cerré los párpados y las sensaciones se multiplicaron, pero los mantuve cerrados de todos modos. En el laboratorio de mi cerebro comenzó a producirse una actividad espontánea, ajena al control de mi voluntad: veía el negativo del rostro de Campuzano; poco a poco el negativo se positivaba y aparecían sucesivamente los rasgos pajariles del hombrecillo al que seguíamos. Observé que sus labios eran de papel de fumar, aunque algo rosados. Estaban contraídos en un gesto cruel, que anulaba la sensación de susto de su mirada. Me recordaron los labios de un cardenal cuya foto había visto en un libro de arte en mis tiempos de estudiante.

Cuando abrí los ojos, habíamos atravesado ya los tejados destartalados de las casas que hay en esa zona y estábamos en el punto más alto sobre el que pasa el teleférico: encima del río. Sentí en mi estómago la presencia de un gato encerrado o una pelota de gusanos de seda. Pensé que no podría retener el vómito y me volví a Luis Mary, que estaba muy serio, con la mirada clavada en la entrepierna de Campuzano. Miré hacia allí y vi que por debajo de la cartera negra asomaba una navaja de quince centímetros tan afilada como el labio superior de su dueño. El miedo apaciguó a los gusanos de seda y mi tensión nerviosa descendió ante el primer hecho concreto de aquella maldita tarde.

Cuando nuestra cabina alcanzó la zona de la Casa de Campo sobre la que el teleférico discurre a menos distancia del suelo, el hombrecillo miró por primera vez hacia abajo. Luego levantó la mano izquierda y arrojó la cartera por la ventanilla que había encima de él, a su espalda. Pude ver, mirando de reojo, una sombra que se acercaba a recogerla. La navaja no había cambiado de posición ni la actitud nerviosa de Campuzano había decrecido. Entonces, Luis Mary dijo:

–Enhorabuena, Campuzano. Tenías un plan perfecto.

El sujeto nos miró alternativamente, sin dejar por eso de vigilar su espalda, y graznó:

–Ustedes me seguían, ¿sí, no, eh?

Su voz estaba más cerca del garlido de una gaviota que del sonido de los distintos pájaros que había representado hasta el momento.

–Eres un águila –respondió Luis Mary para acabar de completar mi muestrario ornitológico.

En esta situación llegamos a la terminal del teleférico, donde Campuzano cerró la navaja y se la guardó en algún lugar cercano a la ingre. Descendimos detrás de él y vimos cómo se alejaba en dirección a una cabina telefónica.

–Vamos a esperarle –dijo Luis Mary.

–Yo no regreso con ese pájaro –respondí.

–No te preocupes, ya ha soltado la cartera, que es lo que quería. Ahora no es peligroso y le podemos sonsacar algo.

–Bueno.

El miedo me impidió dar una respuesta más inteligente.

El sujeto colgó el teléfono y salió de la cabina. Vino hacia nosotros.

–Van a volver conmigo, ¿sí, no, eh? –dijo y echó a andar hacia la terminal.

Nosotros, sin abrir la boca, nos colocamos junto a Sinoéh, antes Campuzano, y con más miedo que vergüenza nos metimos en la misma cabina.

Oí el ruido de la puerta al cerrarse e, inmediatamente, el sonido de una navaja automática al abrirse. Se la colocó de nuevo entre las piernas.

–Como esto se mueva bruscamente, vas a pincharte en un sitio muy doloroso –bromeó Luis Mary.

–Le gusta mucho jugar con fuego, ¿sí, no, eh? –respondió Sinoéh.

–Sólo cuando la hoguera es productiva, Campuzano. Y la leña que tú usas vale mucho dinero. Asóciate conmigo y nos forraremos los dos.

–Yo no trabajo con inmorales –respondió dando un repaso con los ojos a la indumentaria de Luis Mary.

–Es muy frecuente en la gentuza de tu calaña confundir la moral con la ley. Sois una especie de degenerados cuya definición escapa a los límites del código penal. Os parecéis a las polillas, que se mueven en torno a algo que nunca podrán alcanzar, porque en el momento de alcanzarlo se abrasan. Si lo que tienes entre las ingles te sirviera de algo, habrías colocado esa navaja en otro sitio.

La provocación de Luis Mary afiló la mirada de Sinoéh, que encogió los labios en una especie de fruncido orgánico repugnante. Tuve la impresión de que nuestro hombre iba a lanzar por el agujero resultante de ese fruncido el sonido característico de una serpiente asustada (pasar un rato con Campuzano equivalía a hacer tres visitas al zoo). Afortunadamente, la navaja no se movió de